

## Un papel muy importante

Por Valerie Guarnizo

*Vivimos en el bosque lluvioso tropical de la amazonia colombiana. Llueve y llueve y llueve. La lluvia forma profundos charcos dentro de la selva. En las partes bajas de los sitios más abiertos de nuestra reserva comunal –la parte que hemos destinado para ser el lugar para construir nuestras casas– el agua permanece hasta que el sol cumple con su deber convirtiendo los charcos en parches de barro. Después de unos días, el barro se seca con los rayos del sol, pero, por supuesto, la humedad se queda, persiste. Se humedece nuestra ropa, nuestros zapatos, nuestros libros, nuestra piel. La humedad está ahí donde sea que vamos: en el suelo, en el aire.*

*Ahí está la selva también. Nos rodea. Su exuberante y fértil verdor nos toca. Nuestras vidas están infundidas por la invisible corriente de su energía primordial. Ésta nos guía en todo lo que hacemos: patrocina, respalda y apoya nuestras decisiones justas; hace reajustes a nuestras acciones fallidas; ajusta nuestros cuentos...*

*Uno de los miembros de nuestra comuna, Luis Eduardo, siendo bastante formal, muy organizado, una persona precavida, ha propuesto la idea de conseguir un topógrafo para hacer un plan del área de la reserva donde construiremos las casas y, así, saber dónde están las partes más secas. Sucede que yo ya he escogido mi sitio en un lugar un poco elevado, rodeado por unas hermosas palmas de asaí y, de hecho, mi casita está en el proceso de construirse. La idea de pagar ahora por un mapa del terreno me parece innecesaria. “Seguramente con hacer un chequeo de la tierra después de una buena lluvia sería suficiente para conocer cuáles son las partes más secas”, me digo a mí misma. Otros*

miembros de la comunidad tampoco están convencidos de la necesidad de un mapa topográfico para indicarnos algo que podremos fácilmente descubrir con sólo observar. Sin embargo, ninguno de nosotros insiste en oponerse a la propuesta, así que Luis Eduardo encuentra un topógrafo quien produce el mapa y nosotros compartimos debidamente el costo.

El siguiente domingo nos reunimos en la casa de Luis Eduardo en el pueblo. Todos echamos un vistazo al papel con sus enigmáticos puntos y partes sombreadas. Luis Eduardo, en seguida, enrolla el mapa, con una cierta reverencia, y lo coloca en su morral. Después me entrega el morral y lo colocó en mi espalda y me montó atrás en su moto. Desde la casa, todos nos dirigimos a Cercaviva, nuestra reserva comunal, a once kilómetros del pueblo. Momentos después de partir empieza a llover. Yo tiemblo de frío cuando las gigantescas gotas de lluvia encuentran su camino por el cuello de mi blusa y corren por mi espalda. Al llegar a mitad del camino, ya Luis Eduardo y yo estamos totalmente empapados. La carretera irregular está barrosa y llena de baches; la moto tiene que virar bruscamente para evitarlos. Me agarro de Luis Eduardo para no caer. Por fin llegamos a la reserva. Yo desmonto y le paso el morral a Luis Eduardo.

–¿Pero dónde diablos está el mapa?

–¡Maldita sea!, debe ser que se cayó por el camino.

–Voy a buscarlo.

Y Luis Eduardo se va bajo la lluvia, que no ha cesado, a buscar ese papel importante.

Desde la profunda selva imagino oír una carcajada.

El mapa nunca se volvió a ver. Todas las seis casas se construyeron sobre las partes más secas del terreno en la reserva.

Nunca más se hizo mención sobre aquel papel, hasta que yo me puse a contar este cuento.